

Una sencilla lección de filosofía

Escribe: ALVARO SANCHEZ

No recuerdo con qué propósito era el insustancial palique que sostenía con un amigo joven de muy despierta inteligencia y agradable trato en verdad, que fue cambiando de importancia hasta trocarse en diálogo filosófico —y no sobre cualquier tema— sino en uno del más alto vuelo posible: ¿Es dable científicamente la existencia de Dios? Formado mi interlocutor en las modernas escuelas, sostenía la imposibilidad de tal demostración (y tal aserto profesaba no porque su mente estuviese ensombrecida de ateísmo en forma alguna); él aceptaba la existencia de Dios, mas no fundado en argumentos científicos, sino en las doctrinas aprendidas en labios maternos; no era la ciencia el fundamento de la verdad que acataba sino más bien motivos sentimentales y afectivos. Instruido yo a la antigua, escudado en Santo Tomás, defendía la posibilidad de llegar por la ciencia a la demostración de la realidad del Ente Supremo.

No he estudiado la filosofía con profundidad, no obstante haber tenido profesores excelentes muchos años atrás, esas nociones están, por decirlo así, casi resecas, que de estar frescas, hubiera comenzado mi refutación por echar mano de ciertos elementos de lógica. En aquellas cincuentenarias lecciones

de antaño, entre otros principios básicos, se comenzaba por enseñar al joven a distinguir: hoy ese ejercicio se considera inadecuado e inconducente; la lógica de Aristóteles sometida a revaluación (si bien reconocido el genio del Estagirita) es cosa anticuada y ha sido remplazada por los sutiles tratados de pensadores alemanes. A pesar de ese prejuicio contra la lógica aristotélica y sus métodos, creo que el distinguir es necesario. Cuántas interminables discusiones se evitarían con ponerse de acuerdo los interlocutores sobre el sentido y significación de las palabras: si con la palabra ciencia solamente se significa los conocimientos experimentales y positivos, concedo que por este camino acaso no sea posible demostrar la existencia de Dios; pero si se acepta que la filosofía es ciencia, que la metafísica es entre todas las ciencias la primera, nada más obvio que llegar a la verdad divina.

A causa de ignorar el múltiple valor de los libros, destruí *El ateísmo*, de Le Dantec, por juzgar que, acaso los herederos de mi no muy abundante biblioteca —de hallar ese volumen— se sorprendiesen, y, tal vez llegaran a escandalizarse. Le Dantec intenta inculcar un ateísmo científico: consagra muchas páginas a desvalorizar los argumen-

tos de la escolástica en pro de la existencia de Dios, y tiene por el más fuerte de nuestros raciocinios, el argumento ontológico de San Anselmo: contra él arguye denodadamente. Un filósofo español contemporáneo, sin duda entre los actuales uno de los más profundos —Julián Marías— publicó en 1944 en *Revista de Occidente*, un breve pero enjundioso estudio. Julián Marías ni refuta ni asume la defensa del argumento ontológico, sencillamente procura exponer su sentido. Helo aquí en pocas palabras: “Dios es el ser más perfecto en que podemos pensar; pero ese ser debe existir, pues de no existir carecería de la más alta perfección (la existencia): luego Dios existe”.

Filósofos católicos rehusan darle valor a este raciocinio por considerarlo sofístico: se diría un tránsito del orden ideal al orden real; pero otros, y no de escasa significación, lo consideran valedero. En todo caso el argumento del Santo Obispo de Cantorbery no amengua su sutil capacidad metafísica. Le Dantec arguye contra el argumento de San Anselmo como quien da azotes al viento *quasi aerem verberans*, dado que varios filósofos católicos no lo aceptan.

Las cinco vías de Santo Tomás son los verdaderos argumentos filosóficos, y de ellos, a mi ver, los más metafísicos son dos: uno el del movimiento; otro la necesidad del ser necesario para explicar la existencia de lo contingente. Veámoslos breve y sencillamente.

Todo lo que se mueve es necesariamente movido por otro. Entiéndese en filosofía con la palabra movimiento no solo el paso de un lugar a otro (el *motus localis*) sino todo tránsito de la potencia al acto,

por tanto el nacer de un animal tanto como el brotar de una flor, es movimiento. No es necesaria una sagaz reflexión para comprender que un simple posible puede pasar a la realidad por sí y ante sí sin necesidad de un ser en acto para iniciar su existencia. Un ser en acto tuvo que dar la vida a todos los posibles universales; un ser en acto dio, sin linaje de duda, el movimiento sea cual fuere su naturaleza, a cuanto se mueve: la frase: “todo lo que se mueve es necesariamente movido por otro”; *quod movetur ab alio movetur* es axiomática. Llamemos a esta suprema, fuente augusta de todo movimiento, Dios o Jehová o Javé, que el nombre nada añade a su realidad suprema y la existencia de Dios queda demostrada científicamente, no con ciencia experimental sino con argumentos filosóficos.

Veamos ahora la prueba que parte de la consideración de los entes contingentes para llegar a la existencia del ser necesario. Todo cuanto nos rodea pudo no ser o ser de otra manera de como es o dejar de existir, lo que vale llamarlo contingente, o sea que no tiene la razón de ser en sí mismo sino en otro; ahora bien, esa otra entidad que tiene la razón de su existencia en sí misma o en otras palabras cuya esencia es su existencia, es necesaria; no existiría lo contingente si no existiera el ser necesario; de no existir el ser necesario no existiría nada: la necesaria existencia de un infinito ser, a quien llamamos Dios, queda así probada por raciocinios científicos y no únicamente por sobrenaturales revelaciones.

Acaso un trivial ejemplo aclare el raciocinio expuesto: En una reunión de caballeros, todos por des-

afortunada casualidad, en un momento dado, carecen de dinero teniendo necesidad de él; uno a otro lo piden prestado y obtienen la misma penosa respuesta: no puedo prestar lo poco que tengo pues no es mío, es prestado. Tal respuesta arguye que fuera de la reunión debe encontrarse el dueño. Si voy preguntando a los seres que me rodean sobre el fundamento de su existencia, me dirán que no les pertenece en propiedad, que es prestada, y tan así es, que cualquier día pueden perderla. ¿Es posible que todas las existencias sean prestadas y no haya algún dueño de ellas?; tal fenómeno no sería aceptable: lo prestado presupone un poseedor; lo contingente reclama lógicamente un ser necesario; si todo fuese contingente no existiría nada: la multiplicidad de seres cuya existencia es prestada, necesariamente exige uno cuya existencia lejos de ser prestada le pertenece por esencia.

El genial pensador G. W. Leibnitz escribió, a más de la *Teodisea*, una obra que tituló: **Demostración de la existencia de Dios llevada al rigor matemático**. Esta demostración parte (como la de Santo Tomás) del hecho del movimiento (*aliquo corpus movetur*) y pretende deducir de este hecho, con todo rigor, la existencia de una sustancia incorpóral de virtud infinita: no hay en ella argumentos teológicos sino raciocinios filosóficos. Si no estoy equivocado a Leibnitz se debe la invención del vocablo *Teodisea* para designar el conocimiento científico de Dios, distinguiéndolo así de la teología, conocimiento revelado. Gratry, eminente teólogo, profesor de esta disciplina en la Sorbona, habla también de las prue-

bas científicas de la existencia de Dios en un libro (*El conocimiento de Dios*) bien conocido de los estudiosos.

Creo que verdad tan clara no requiere más copiosa demostración. Demos la palabra a San Pablo y atiéndase bien cómo habla a los romanos en la primera de sus cartas a ese pueblo razonador: "Porque desde la creación del mundo el invisible poder y su divinidad son conocidos mediante las criaturas. De manera que son inexcusables por cuanto conociendo a Dios no lo glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias sino que se entontecieron en sus razonamientos, viniendo a obscurecerse en su insensato corazón y alardeando de sabios se hicieron necios, y trocaron la gloria de Dios incorruptible por la semejanza de la imagen del hombre corruptible, y de aves, cuadrúpedos y reptiles".

Estas palabras, "lo invisible de Dios, su eterno poder y su divinidad son conocidos mediante las criaturas"... Es decir, al conocimiento de Dios se llega no únicamente mediante la revelación, sino también mediante las criaturas, parecen escritas en nuestros días para refutar a aquellos que sostienen no poder demostrar la existencia de Dios por la ciencia positiva, que a Dios no se llega sino por la fe, que es uno de aquellos dogmas heredados de nuestros padres.

No se si mis sencillas reflexiones prueben la posibilidad de demostrar la existencia del supremo Señor por la simple razón; en todo caso ruego a mis lectores mediten en las palabras del Apóstol de las Gentes.